

Chapter Title: Introducción ANTOLOGÍA DEL PENSAMIENTO SOCIAL EN CHILE: UNA PERSPECTIVA (1964-2014)

Chapter Author(s): Leopoldo Benavides Navarro, Milton Godoy Orellana and Francisco Vergara Edwards

Book Title: Antología del pensamiento crítico chileno contemporáneo

Book Author(s): Eduardo Frei Montalva, Clotario Blest, Raúl Ampuero, Aníbal Pinto, Jacques Chonchol, Salvador Allende Gossens, Julieta Kirkwood, Manuel Antonio Garretón, Pedro Morandé, Enzo Faletto, Hugo Zemelman, Gabriel Salazar, Sonia Montecino, José Bengoa, Tomás Moulian, Elisabeth Lira and José Marimán

Book Editor(s): Leopoldo Benavides Navarro, Milton Godoy Orellana, Francisco Vergara Edwards

Published by: CLACSO. (2015)

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/j.ctv270kv29.3>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.



This book is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike license. For more information, visit <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/>.



CLACSO is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Antología del pensamiento crítico chileno contemporáneo*

Introducción

ANTOLOGÍA DEL PENSAMIENTO SOCIAL EN CHILE: UNA PERSPECTIVA (1964-2014)

Leopoldo Benavides Navarro, Milton Godoy Orellana
y Francisco Vergara Edwards

LA REALIZACIÓN DE UNA ANTOLOGÍA del pensamiento social en Chile, como toda obra con estas características, presupone una estrategia de selección que establezca algunos ejes de análisis que permitan sustentar estas opciones en el dilatado conjunto de producciones intelectuales que abarcan los últimos cincuenta años de la historia nacional. Uno de los objetivos centrales en este trabajo es contribuir a la elucidación, en este vasto espacio de producción intelectual, de los autores y autoras que han aportado con mayor claridad a la configuración de un pensamiento crítico. De esta manera, la antología tiene como eje estructurante la presentación de un conjunto de escritos resultante de intelectuales que aportaron al avance y consolidación en la democratización e inclusión de los más amplios sectores de la sociedad, en la toma de decisiones que resultaron fundamentales en el Chile de las décadas señaladas y que, de paso, interpretaron y proyectaron con su pensamiento, disquisiciones y propuestas, al conjunto de la realidad latinoamericana. Por cierto, como toda tarea de estas características existen aciertos con relación a los autores elegidos, pero también omisiones producidas por lo acotado del espacio y la necesidad de sintetizar y centrar el tema en quienes aparecen como autores más visibles.

Esta propuesta de selección se realiza sustentada en el entramado de un conjunto de preguntas que permitan avanzar en el denso cúmulo de los trabajos aludidos. Así, en las creaciones intelectuales generadas en el contexto de un país altamente politizado, establecimos como prioritario reconocer las voces emergentes y orientadoras en torno a las relaciones entre intelectuales, la política y el Estado. A saber, ¿cuáles fueron los o las intelectuales y políticos o políticas que manifestaron escrituralmente y con claridad los grandes temas del período?, y en esta misma dirección, ¿qué textos resultan representativos y señeros en la discusión del Chile de las últimas cinco décadas?

En efecto, en este medio siglo de confrontaciones ideológicas y sociales en que se socavó las bases del anquilosado sistema social chileno, que antecedió al segundo lustro de la década de los sesenta, puso en cuestión la persistencia de instituciones más que centenarias, que —como en el caso del inquilinaje y la hacienda— dominaron el escenario socio-político chileno desde fines del siglo XVII, para convertirse en tema central de la discusión acerca de sus transformaciones. El signo manifiesto de estas discusiones fue el consenso en torno al proceso de Reforma Agraria y la nacionalización de las riquezas básicas, que buscaban modificar profundamente la estructura de la sociedad chilena y se comprendían, además, como los principales obstáculos a la modernización.

En estas décadas de transformaciones emergieron temas de alta gravitación social, económica y política: el paulatino y constante avance de nuevos actores sociales, la configuración de un nuevo entramado social basado en la irrupción y consolidación de sindicatos, agrupaciones de pobladores, centros de madres, el rol social de las universidades, etcétera.

En este período, también se redefinió el carácter y las formas del cambio (¿reformista o revolucionario?), la ampliación de la ciudadanía, y, la discusión económica con alto componente ideológico que puso en la palestra la definición de los ámbitos y límites del derecho de propiedad privada y estatal, materializando cambios estructurales —tales como la citada distribución de la tierra que implicó la Reforma Agraria— que, entre otros, condujeron a la chilenización del cobre en el gobierno del presidente Eduardo Frei, hecho que implicaba la propiedad del 51% de las minas cupríferas; hasta la posterior nacionalización, que en el gobierno del presidente Salvador Allende, dejó en manos del Estado todas las empresas de la llamada Gran Minería del cobre.

En estas escenas de la sociedad chilena de las décadas analizadas, Estados Unidos aparece como el actor tras bambalinas, presente en la política latinoamericana durante todo el siglo XX, aunque con

mayor ahínco en las décadas posteriores a la Revolución Cubana. Esta presencia norteamericana se resume en la discutida idea de imperialismo, cuyas expresiones políticas fueron decisivas y aparentemente contradictorias: a veces este fungía como promotor y catalizador de políticas sociales o económicas; o, en ocasiones, como inhibidor de estos procesos, manteniendo como denominador común el resguardo de sus propios intereses.

II

En primer lugar, en el período de 1964 a 1973 que denominamos “El consenso en torno al cambio social: ¿reformismo o revolución?”, se inicia con la presidencia de Eduardo Frei Montalva (1964-1970), quien tuvo una ingente producción intelectual y política que se vertió en decenas de entrevistas, artículos y discursos. Su pensamiento fue de hondo compromiso social plasmado en un conjunto de políticas orientadas a mejorar la calidad de vida de los sectores populares, donde emerge con especial énfasis la Reforma Agraria (1968) realizada bajo su mandato. Su accionar político e intelectual ha llevado a la caracterización de un “pensador profundo y original, [que] supo ser un hombre de acción, un realizador, un eminente estadista” (Pinochet de La Barra, 1975: 9).

La creación intelectual de Eduardo Frei tiene como eje la conciencia social, el desarrollo y la integración de América Latina con un prisma social cristiano. Sus propuestas como católico practicante y participante en política no estuvieron disociadas de la realidad circundante, en especial de los vientos de revolución y cambio que soplaban en Latinoamérica, manifestados con mayor solidez después de la Revolución Cubana. En efecto, los sucesos de 1959 marcaron la política continental y en ello se inscribieron muchas propuestas revolucionarias y reformistas, de las cuales Chile no estuvo exento.

El texto incluido en esta antología, “La universidad conciencia social de la nación”, fue pronunciado como discurso en la inauguración del Congreso Mundial de Pax Romana, realizado en Montevideo en julio de 1962. En este discurso Frei anticipa los cuestionamientos a la universidad y su función en las sociedades latinoamericanas, una preocupación que eclosionó con la Reforma Universitaria de 1967 y los hechos de Tlatelolco en México (1968).

En Chile, existían ocho universidades, algunas con sedes regionales, siendo la mayor la Universidad de Chile, con presencia en gran parte del país. Este conjunto de casas de estudio funcionaba acorde con la legislación decimonónica, que las hacía centros de docencia y difusión, con profesores en su mayoría de jornada parcial y que se encontraba ajeno a los grandes problemas nacionales con una estruc-

tura profesionalizante decimonónica (Casali, 2011: 85). Precisamente, el texto presentado alude a ese compromiso necesario de las universidades chilenas, especialmente en un subcontinente donde se habían prolongado “por demasiado tiempo feudalismos financieros y agrarios”, la conculcación de los derechos de las mayorías y los privilegios de las minorías. En este contexto, Frei critica la universidad latinoamericana como espacio para unos pocos, ejemplificándolo con el hecho de que “frente a los que cuidan su colesterol, los que defienden sus huesos del hambre. Frente a la suntuosa ciudad universitaria, las desvincijadas escuelas rurales o el alto porcentaje de analfabetos” (Frei, 1967: 20). Así, la universidad no puede quedar fuera de un proceso amplio que marcara el paso de una democracia formal y restringida a una “democracia autentica” (Frei, 1967: 21).

Para Frei Montalva, la Universidad —así, con mayúscula— representa un factor esencial para contribuir al cambio “necesario e irremediable”. En la época se requiere, a su juicio, una institución que esté inmersa en el cuerpo social, donde resulta imprescindible la autonomía universitaria.

Estas demandas hacia la universidad se sustentaban en un contexto donde el 19% de la población era analfabeta. Por tanto, llegar a la universidad era un privilegio que respondía a la situación económica y social de la familia. Pero este para Frei Montalva era un privilegio que implica responsabilidades.

La principal tarea de la universidad pensada por Frei —más allá de la simple formación de profesionales— era su aporte a la investigación científica y la entrega de sus resultados a la sociedad, a la par de aportar al patrimonio y enriquecimiento de la cultura de cada nación, impulsando la “búsqueda de un camino propio” (Frei, 1967: 32).

La consecución de todos estos objetivos, Frei los entiende como posibles en la medida que se proporcione, desde la universidad, “un conjunto de ideas y cuadros de hombres” que configuren las élites dirigentes que orienten los cambios, movidos en la práctica por la solidez teórica.

En síntesis, la universidad que Frei Montalva demandaba en su texto de 1962 para Latinoamérica era una universidad pluralista “integrada en la vida y en el pueblo” que buscara la verdad con independencia.

Alejado de la discusión académica, pero no exenta de ella, emerge la producción intelectual de un ícono de la historia del movimiento popular chileno: don Clotario Blest, que provenía del mundo de los trabajadores y fue uno de los fundadores de la Central Única de Trabajadores (CUT) y referente en la lucha contra la dictadura. Este representa posturas que en un lenguaje más directo, simple y más concreto traducen (en el sentido gramsciano) el lenguaje de los “ensayos

globales” tratando de destacar, en este caso, desde la acción sindical, la visión más izquierdista que confía a la clase trabajadora el rol decisivo en los cambios revolucionarios que el país requería y que a su vez alimenta los ensayos y discursos de intelectuales, recogiendo esa reivindicación popular que proviene desde abajo.

Su discurso proviene de la acción y resulta más difícil de encontrarse en el texto, en la palabra escrita, en este caso su artículo “La unidad de la clase obrera”, inserto en la revista *Punto final*¹ constituye un documento importante de analizar, en tanto en él Blest se dirige no solo a la “clase”, sino también, a un conjunto de intelectuales de izquierda críticos de la institucionalidad.

Es, por una parte, desde la acción y el discurso donde se sustenta la valoración social al aporte de este autor. Esta percepción positiva de su trabajo está consensuada por todo el movimiento progresista del país —tanto en la teoría como en la práctica— de la necesidad de una unidad de la clase obrera mediante una organización sindical única y pensada como agente importante del cambio. Por otro parte, a partir de su obra y acción es posible enunciar elementos más complejos y polémicos, tales como la relación entre lo político y lo social, en este caso concreto entre los partidos políticos y la autonomía de la organización sindical, la crítica a las burocracias sociales, entre otros temas.

Por tanto, en la producción intelectual de Clotario Blest es posible observar una creación cuya base cognitiva esencial mana desde la praxis política y popular; donde el autor no fue un diletante, sino un actor principal de la generación de un pensamiento político ligado a sus bases. Este elemento hace que su creación intelectual constituya uno de los más importantes aportes chilenos al pensamiento sindicalista latinoamericano, a través de una de las figuras más consecuentes y respetadas de nuestra historia popular; con un rol semejante al que ocupó Luis Emilio Recabarren en la memoria de los sectores populares del último siglo.

Algunos años después, emerge la voz crítica de Raúl Ampuero, quien se convirtió en una figura clave en la renovación del socialismo chileno. En su libro *La izquierda en punto muerto* (1969), realiza un diagnóstico de la izquierda chilena, señalando su progresivo desgaste producto de derrotas sucesivas de carácter electoral que la han conducido a una profunda crisis, una situación que obligaba

1 Esta publicación de izquierda, ligada al MIR, circuló en Chile desde 1965 y fue clausurada en 1973, siendo sus trabajadores exiliados, torturados y/o asesinados. *Punto final* reapareció en el exilio mexicano entre 1981 y 1986. Desde 1989 se imprime en Chile. Ver Fernández, 2011: 65-84.

urgentemente a la izquierda chilena a repensar nuevas estrategias y lograr “despertar una conciencia nueva”.

Para Ampuero, era necesario cambiar esta estrategia equivocada, construida en una persistente concepción electoralista de los medios de lucha. La opción era pasar de una mera alianza electoral a la creación de un frente revolucionario, un cambio que permitiría a la izquierda salir del punto muerto en que se encontraba. Para él era necesario cambiar el enfoque erróneo de creer que la elección de 1970 resolvería las controversias dentro del esquema “democrático” habitual.

Esta renovación estratégica en Ampuero va unida a un intento de renovación teórica del marxismo y de análisis social de la época. Por ejemplo, plantea que “no existe un camino exclusivo ni un modelo único para establecer y construir el socialismo”. (Ampuero, 1969: 49) rechazando las visiones mecanicistas dominantes.

Por otro lado, valora aportes como el de la marginalidad y la presencia de las poblacionales suburbanas, de un proletariado marginal en la sociedad chilena de los años sesenta. Dándoles un lugar protagónico, frente a un marxismo ortodoxo que privilegiaba a los sindicatos y proletariado industrial. A la par, valora la concepción surgida del sector rebelde de la democracia cristiana llamada “vía no capitalista de desarrollo” como instrumento estratégico para operar la transición del capitalismo al socialismo. Ampuero toma del socialismo comunitario la profunda valoración de la democracia directa y la autogestión criticando las deformaciones burocráticas y totalitarias y la concepción de una vanguardia iluminada.

Consideramos que la lectura de Raúl Ampuero permite comprenderlo como un aporte gravitante para la renovación del socialismo en Chile, y que influirá posteriormente en intelectuales como Tomás Moulian y otros.

En esta época es destacable la figura de Aníbal Pinto, uno de los más brillantes y finos ensayistas sobre el desarrollo sociopolítico chileno, expresado en libros clásicos de la literatura social chilena como *Chile: un caso de desarrollo frustrado* (1959), entre otros, sus artículos para la revista *Panorama Económico*, además de textos más políticos y de combate, escritos bajo su seudónimo de Lautaro.

Su tesis central —que recorre sus obras y la resume el ensayo antologado— remarca que en Chile existe “un relativo adelanto de la organización social y las formas institucionales respecto a los cambios en el nivel de la estructura económica” (Pinto, 1970: 5) que se expresa en la “contradicción entre una estructura ‘sub-desarrollada’ y una organización sociopolítica ‘avanzada’” (Pinto, 1970: 17).

Su tesis influyó fuertemente en la percepción crítica, tanto en proyectos globales, como en ensayos y líneas políticas sobre los pro-

blemas que significaba la institucionalización de la izquierda chilena, a partir de la década de los treinta, en términos de su capacidad real para alterar el sistema de poder en Chile, desde la política, en contraste con el poder económico de la derecha. En palabras de Pinto, cómo su acción en el marco institucional significa el desafío de “promover reformas sin devenir ‘reformista’”.

En el terreno positivo y propositivo, indudablemente, sus propuestas influyen en la búsqueda de alternativas de desarrollo económico nacional, que favorecido por el crecimiento cualitativo y cuantitativo de la izquierda, la radicalización de los sesenta, supera las alienaciones ideológicas de esta, que le impiden encontrar respuestas nacionales y lograr construir un proyecto de desarrollo que incorpore a las grandes mayorías, satisfaciendo fundamentalmente sus necesidades básicas, concentrando y reasignando los recursos y modificando sustancialmente los factores productivos, los medios financieros y los ingresos, pero con un “modelo tolerable’ con la empresa privada”.

Paralelamente, Jacques Chonchol aparece como otro intelectual que enriqueció la discusión del período. Fue militante de partido Demócrata Cristiano entre 1946-1969, y posteriormente uno de los fundadores del Movimiento de Acción Popular Unitario (MAPU) que apoyó la candidatura de Allende a la presidencia el año 1970.

Originalmente estuvo fuertemente influenciados por pensadores cristianos como Jacques Maritain, Emmanuel Mounier y especialmente, Joseph Lebreton. Su pensamiento aporta una mirada cristiana a la renovación del marxismo. Chonchol busca una democracia social de inspiración cristiana, destacando una visión comunitaria que superara la propiedad individual tal como la concebía el pensamiento burgués clásico. La influencia de Lebreton fue decisiva, especialmente, en su estudio de los países llamados subdesarrollados, y en pensar una política centrada en las necesidades del pueblo. De este análisis Chonchol desarrolla una crítica al capitalismo clásico que lo aproximó a otros grupos que buscaban superar la hegemonía burguesa y el capitalismo, para resolver los problemas esenciales de las poblaciones del Tercer Mundo.

Chonchol junto a este aporte, tomado de Lebreton, se acerca a la crítica del desarrollo capitalista en América Latina realizada por la CEPAL, especialmente de Raúl Prebisch, que destacaba el pensar en términos de desarrollo del mercado interno vía industrialización. También proviene de la CEPAL la idea de una integración latinoamericana valorando la formación de un mercado interno fuerte, diversificado y equilibrado, como aspiración máxima de un país en desarrollo.

El problema de la Reforma Agraria fue el detonador de su ruptura con un cierto reformismo y su compromiso con ella lo condujo a radi-

calizar los cambios de la estructura del campo existente en Chile y en América Latina, para buscar la eliminación definitiva del latifundio. Su análisis se sustentaba en una dura realidad social, pues en 1970 alrededor de un 25% de la población chilena vivía en el campo. En números absolutos, eran casi tres millones de campesinos, mayoritariamente sin tierra, que necesitaban trabajar como asalariados. Como solución, la redistribución de las tierras permitiría construir una agricultura campesina, capaz de suplir las necesidades alimentarias de estos y de la población en general, dinamizando el mercado interno.

La importancia del pensamiento de Jacques Chonchol es, sin duda, su mirada sobre una vía no capitalista de desarrollo hacia una sociedad comunitaria, distanciándose de los modelos burocráticos y autoritarios, y donde las transformaciones del agro tiene un rol central, y donde el campesino emerge como un actor relevante en las transformaciones sociales de la época, que había sido desvalorizado por un cierto marxismo.

El cierre de este período se enmarca con otro presidente de la República: Salvador Allende Gossens (1970-1973), una figura de profunda influencia política e intelectual en el pensamiento nacional y latinoamericano, con una indudable proyección internacional.

Su gran capacidad política logró integrar el discurso y proyecto popular chileno en una acción y un “proceso histórico destinado a cambiar de manera fundamental y revolucionaria la estructura de la sociedad chilena”, iniciando un camino al socialismo que recogía, como él mismo escribió, lo mejor de “nuestra historia y tradición”.

En efecto, a partir de la década del treinta en el siglo XX se inicia —desde los sectores progresistas del país— la elaboración de un diagnóstico, propuestas, visiones y matices, de diversos intelectuales y con formaciones diversas, con encendidas polémicas, coinciden en determinar dos grandes y graves problemas estructurales que deben ser superados: por una parte, la herencia colonial en las formas de la propiedad agraria, con relaciones de producción atrasadas, que requieren por tanto de una profunda reforma agraria; y, por otra, una desnacionalización de la economía, producto de la penetración imperialista en diversas ramas productivas y de servicios y que requieren por tanto políticas nacionalizadoras. En este diagnóstico en la década de los sesenta se agregó la aparición de monopolios nacionales, muchos de ellos en convivencia con los intereses extranjeros. Este conjunto de ideas fue el que Allende impulsó en sus candidaturas presidenciales y que después de su elección en 1970 comienza a aplicar en el gobierno de la Unidad Popular. El resultado de esta extensa elaboración intelectual es lo que expresa en sus discursos y en una práctica política profundamente nacional, transformándose en una teoría del cambio

y la revolución que todavía es objeto de preocupación e investigación por parte de académicos, políticos e intelectuales.

Paralelamente, se debe destacar la capacidad de Allende para transmitir este proyecto político e intelectual hacia las masas populares de Chile, quienes participan como grandes actores de los cambios planteados.

Por cierto, no se puede soslayar la proyección latinoamericana e internacional que transmite Salvador Allende plasmada en los discursos hechos en diversos foros fuera de Chile. Si bien habla desde la historia profunda del sentir popular, este “sano nacionalismo” lo proyecta a las transformaciones necesarias que requiere América Latina y el Tercer Mundo para generar, desde el atraso una “economía solidaria a escala mundial”. Así, su propuesta se plantea respetando la determinación de los pueblos, pero con el convencimiento que los problemas comunes de estos países requieren, como instrumento de independencia económica, la integración y cooperación para superar el atraso y la dependencia.

Finalmente, no se puede desconocer su visión de los peligros futuros. Aunque confiaba en la capacidad de los pueblos oprimidos, con una visión señera reconoció los peligros de la intervención extranjera, advirtiendo el creciente rol y papel de las grandes corporaciones a la soberanía e independencia de los países y también de los peligros de una sociedad “satelizada” que controlaba la información y la publicidad que “penetraba en nuestras instituciones comunitarias y a nuestros hogares dirigidas desde el extranjero por satélites de gran poder transmisor”.

III

Un segundo grupo de intelectuales antologados se reúne en torno al período de 1973-1990, que denominamos “Entre el golpe militar y la lucha por la restauración de la democracia” que está en las antípodas de los movimientos progresistas de sello socialista y cristiano de la década anterior. La irrupción de los años setenta trajo consigo una dura reacción desde el seno del conservadurismo, que sumada a la intervención de Estados Unidos, articuló un conjunto de demandas vehiculizadas por la derecha chilena, contribuyendo a organizar e impulsar uno de los golpes militares más cruentos en la historia de Chile y Latinoamérica. Los resultados de este accionar concordado fueron desastrosos para el sistema democrático y los movimientos sociales, desmantelando las bases económicas anteriores para instalar un sistema económico neoliberal, explicable solo por la presencia de los militares en el control político y la ausencia de participación popular en la toma de decisiones. Por esta razón, los años posteriores al golpe de Estado van a estar marcados por una readecuación de la actividad po-

lítica e intelectual que logró aunar la crítica a la dictadura, marcando el pensamiento crítico con elementos humanitarios —plasmados en la lucha por los Derechos Humanos— que intentaban detener el impacto de las desapariciones, la tortura, el exilio y revertir, en parte, los duros aprietos económicos de los sectores populares en el período.

A posteriori reaparecerían los partidos políticos y surgirían incipientes organizaciones que rearticulaban el discurso político y los movimientos sociales, consolidándose en las espontáneas protestas. De manera concomitante a este proceso surgió el accionar de intelectuales expulsados de los círculos académicos tradicionales —exonerados en el decir de la época— quienes se agruparon en torno a las llamadas Organizaciones No Gubernamentales (ONG) y Centros Académicos Independientes (CAE), apoyados por grupos de intelectuales dispersados por el exilio dictatorial. Desde estas instituciones alternativas se elaboraron críticas más organizadas y rigurosas a la dictadura, a la par de estructurar una contribución a la renovación del pensamiento de izquierda producto de la derrota, aportando a consolidar el incipiente movimiento social y un amplio espectro de protestas ciudadanas que se acrecentarían durante la década de los ochenta.

Este período no puede ser visualizado en su compleja totalidad, sino se apela a las letras feministas de una intelectual de alta raigambre como Julieta Kirkwood, quien en justo juicio es reconocida como una de las más importantes intelectuales chilenas de los años ochenta. Su aporte esencial fue posicionar la reflexión crítica sobre “los silencios e invisibilidad” de la mujer en la historia, en la política y en los saberes científico-sociales, los que reconocía como socialmente integrados al patriarcado, que lo considera parte de la dominación histórica de “desviación masculina”.

Su trabajo además ha sido altamente valorado al entablar un diálogo entre feminismo y política, aportando con su análisis elementos para el denominado saber feminista. Es precisamente allí donde su obra cala profundo, aportando a la constitución de una teoría feminista en perspectiva política y revolucionaria; “contrareferente” a la estructura clásica de América Latina en que lo femenino estaba subsumido en la estructura tradicional orgánica de los partidos y sus líneas políticas (sean estas socialistas o conservadoras); la triada determinista de su rol biológico y social condensado en “madre-esposa-hogar”; y la exclusión de las mujeres en lo público.

Frente a lo anterior, emergen sus ideas en torno a la consolidación de la democracia verdadera, en una sociedad futura basada en la “diferencia e igualitaria”, a conseguir bajo el encauce del feminismo político. Se ha sustentado que estos elementos se presentan en la propuesta de Julieta Kirkwood al comprender la sociedad y política

futura como una “sociedad de la diferencia, en tanto sociedad democrática y régimen de lo múltiple [y] sociedad de la igualdad, en tanto fin del patriarcado y de la sociedad de clases” (Castillo, 2007: 20). Así, la postura de Kirkwood no es contra la política sino que a favor de esta en su fundamento de la reclamación o protesta por el poder, en la autonomía de la condición de género y en la identificación del feminismo como “movimiento revolucionario”.

La relevancia de Julieta Kirkwood no se limita a la crítica que desarrolla sobre la política y los cánones sociales universales de exclusión del género. Como escribió Alejandra Castillo, el feminismo de la autora propicia “una interrogación crítica a los supuestos en los que se han constituido los saberes del hombre, y desde aquella interrogación intentará su metamorfosis”, instalándose a la vez como “un feminismo que interrogará a la teoría desde la teoría, desde sus propios supuestos” (Castillo, 2007: 53-54). En el decir de Nelly Richard su propuesta pasa revista a las “bases epistemológicas del saber tradicional, critica el modo en que la división del género organiza el discurso de la ciencia, de la filosofía y de la teoría social”. Richard valora en ella la elaboración de instrumentos conceptuales en torno a la diferencia de sexos, los que a su juicio, “permiten intervenir estratégicamente en sus relaciones dominantes de poder e identidad” (2001: 235-236)

De esta manera la obra *Ser política en Chile. Las feministas y los partidos* (1986) condensa la apelación por la palabra, acto político, en que el uso del lenguaje por la diferencia sexual deviene en el objetivo por penetrar y deshilar los “nudos” de la sociedad patriarcal, al mismo tiempo que el conocimiento y acción de las feminista y el feminismo se consolida para entablar un revolución “más real que lo real”.

Entre los intelectuales del período destaca Manuel Antonio Garratón, sociólogo con una vasta producción en el campo de los análisis de los problemas sociales y políticos del país, difundida también en una intensa labor académica en universidades chilenas y extranjeras, siendo uno de los pioneros en la búsqueda de una comprensión del proceso de la Unidad Popular y su crisis, más allá de la coyuntura de la derrota, poniendo el acento en la transformación profunda que significaba la dictadura militar; las características de su salida y el proceso de transición que se abre después del plebiscito. Sus trabajos, algunos junto a Tomás Moulian, u otros personales sobre el período, son obras de consulta obligatorias para quienes desean conocer o estudiar el período.

Su propósito de repensar la política más allá de la “imbricación entre organización de base social y la estructura política partidaria”, la ‘columna vertebral’ del proceso pre-73, como lo denomina, lo colocó en el centro de la investigación y discusión sobre la recuperación

de la sociedad civil, del 'tejido social', en un lenguaje más común y de acción social, lo que implicaba necesariamente la redefinición de los modos de hacer política. En este sentido su lectura e interpretación nutre un vasto movimiento de renovación de la izquierda chilena.

Sus trabajos y análisis de la dictadura militar chilena y su esquema de interpretación del fenómeno a nivel latinoamericano levantaron una serie de problemas clave para entender sus características generales y las específicas de cada país, a partir de la consideración de las formas previas de cada crisis nacional. Así, por ejemplo, la dialéctica entre el carácter reactivo y defensivo de esta y su lógica fundacional o refundacional, las del control político y la represión y un elemento muy importante, a nuestro juicio, pero poco desarrollado a propósito de las consecuencias de los gobiernos militares: los cambios y la transformación en las subjetividades colectivas.

Aporte significativo es también el avance en la caracterización de la Doctrina de Seguridad Nacional como elemento ideológico que justifica las políticas represivas y además facilitaba la coherencia y racionalidad del nuevo modelo económico, asignando en este aspecto la necesidad de analizar e interpretar los cambios introducidos en la educación.

Todo el cuerpo de análisis político orienta necesariamente, a partir del diagnóstico, las características que podrían asumir las salidas de los regímenes autoritarios, apuntando a una situación, muchas veces no considerada, al entenderla no solo como debilidad del modelo y/o proceso sino también como la búsqueda de la permanencia de este o su parte fundamental, determinando fuertemente la consideración o estructura de las formas que adquiere la democracia en los procesos postdictadura.

En otra dimensión, Pedro Morandé con *Cultura y modernización en América Latina* (1984) pone en la palestra un libro que tuvo gran impacto cuando en Chile la enseñanza de la sociología se encontraba mayoritariamente prohibida en las universidades. En la obra realiza una reflexión radical sobre el discurso sociológico latinoamericano que toma en cuenta la situación histórica donde se desarrolla, resultando una reflexión a través de la que se expresa la época, con sus contradicciones y su problemática.

Morandé plantea que la problemática que sustenta a las ciencias sociales en América Latina es la relación de la cultura con los procesos de modernización. Una realidad donde la sociología después de tener un rol protagónico, entre los años sesenta al setenta, entra en un período de estancamiento y paralización. Pero este letargo no puede ser producto exclusivo de condiciones externas, sino también de limitaciones internas, del abandono de las preguntas que tienen por juez a la misma disciplina. Esto implicaba una profunda crisis de la sociología latinoamericana.

na, en un ciclo que estuvo caracterizado por la vigencia de un paradigma de la modernización “que marcó no solo la temática, sino también el estilo y la institucionalización de la disciplina” (Morandé, 1984: 10).

De esta manera, la sociología perdió su autonomía, y no pudo definir desde sí misma su propia problemática de estudio, adquiriendo una perspectiva heterocéntrica, para quedar sumida en la dinámica externa de los proyectos modernizadores y aceptando de manera acrítica las teorías de la modernización elaboradas en los países desarrollados. El resultado fue una sociología que no puso en tela de juicio a la modernización como tal.

Este paradigma de la modernización asumido acríticamente por las ciencias sociales prescindía de toda reflexión sobre la cultura. Pero, por otro lado, la cultura era la única puerta que permitía ingresar a la denominada identidad latinoamericana. Para Morandé, es este descubrimiento de la importancia de la relación entre cultura y modernización la que cierra un período e inaugura una nueva etapa.

Para este sociólogo, su principal tarea es un intento de aproximarse empíricamente a ese *ethos* cultural latinoamericano que determina la historia del sub-continente y que su puesta en evidencia permitiría salir de la crisis del paradigma dominante de la modernización. En el mismo sentido, el fenómeno sacrificial es un fenómeno clave en esta relación conflictiva entre cultura y modernización. Dicho en sus palabras, “las disputas en torno a la modernización tienen que ver sustancialmente con la naturaleza del fenómeno sacrificial, con su eficacia simbólica al servicio de la determinación de los valores que conforman el *ethos*, con su papel en la constitución de la Polis” (Morandé, 1984: 12).

Para Morandé, esta nueva perspectiva de la sociología, manifiesta en el abrirse a discutir como central la existencia de una síntesis cultural latinoamericana diferente y opuesta a la síntesis de la modernidad ilustrada, parte por una revalorización de la religiosidad popular.

La tesis central de Morandé es que la cultura latinoamericana posee un “real sustrato católico” (1984: 140), constituido entre los siglos XVI y XVIII, durante la primera evangelización. Por tanto, se desprende que las ciencias sociales, en razón de su paradigma modernizador, no lograron captar ese *ethos*, rechazándolo bajo la categoría de sociedad tradicional, debido al privilegio dado a la noción de secularización. Un camino que condujo a la incompreensión de lo propio en la formación cultural de América Latina.

Es dable hacer hincapié en que Morandé destaca la supervivencia de esta religiosidad popular latinoamericana como el terreno donde se provoca una resistencia al proceso de modernización y secularización, bajo la afirmación de la primacía del *ethos* sobre cualquier tipo

de racionalidad estructural. El autor insiste en el aporte de esta nueva mirada sobre el *ethos* que permite la “búsqueda de una síntesis social que constituya al sujeto histórico en lugar de disolverlo en el automatismo de los mecanismos estructurales” (Morandé, 1984: 141).

En resumen, la revalorización de la religiosidad popular significa para Morandé la reconsideración de la problemática del sacrificio, que se traduce en un freno al desarrollo de las tendencias iluministas secularizadoras, constituyéndose en una concepción y práctica distintas a las impulsadas por la modernidad construida sobre una racionalidad formal.

Otro aporte de indubitable valor en la crítica social de la época es del sociólogo Enzo Faletto, un agudo y fino analista de la realidad sociopolítica chilena, académico y humanista comprometido —desde una perspectiva de izquierda— con la historia latinoamericana. Como señala Alain Touraine, fue una persona “cuyo papel en la historia intelectual del continente ha sido fundamental”.

Fue autor con Fernando Henrique Cardoso del clásico *Desarrollo y dependencia en América Latina* (1985), con más de una veintena de ediciones en idioma español y traducido a diversas lenguas. Quizá el dato que dimensiona de manera clara el impacto de esta obra en la discusión sociológica y política internacional sobre Latinoamérica es haber sido elegida, en un congreso de la especialidad, entre los 25 libros más usados por los sociólogos del mundo que asistían a ese encuentro (Mayol, 2012: 281). A más abundar, la revista *Foreign Affairs* publicó en su 75° aniversario una sección con las opiniones de reseñadores acerca de los cinco o seis libros más importantes de esos tres cuartos de siglo. En la ocasión el especialista en temas del hemisferio occidental Kenneth Maxwell seleccionó la versión en inglés de Cardoso y Faletto, entre las razones esgrimidas se consideró el enfoque multidisciplinario y “la incorporación de lo social al enfoque del desarrollo de los países de América Latina” (Yozelevzky, 2004: 64).

En este texto se examina cómo el desarrollo social de los países de América Latina aparecían estrechamente vinculados a la formas de inserción al proceso histórico del sistema capitalista mundial, generando una poderosa corriente intelectual desde la propia complejidad del continente, para entenderlo como región o por países, bajo la llamada “teoría de la dependencia”.

Esta fue una respuesta al estancamiento del modelo de desarrollo, basado en la industrialización por sustitución de importaciones, enfatizando el carácter de la dependencia e iluminando cómo este influye en la relación de los grupos sociales internos de cada país, en las formas de dominación específicas y por tanto, también en las respuestas de los grupos dominados.

Es innegable que la teoría de la dependencia recorrió críticamente el pensamiento latinoamericano en la década de los sesenta y aún hoy es aplicable, para algunos, para entender el proceso de reordenación económica bajo el modelo neoliberal, subordinado al capital financiero.

A nivel nacional, el aporte de Faletto es significativo en diversos trabajos de investigación en temas sociales y políticos del país, aportando miradas desde una más larga duración a problemas que preocupaban a intelectuales y a la política, como por ejemplo la polémica sobre si en Chile era posible distinguir o no la existencia de una burguesía o más concretamente una “burguesía nacional”, lo que naturalmente implicaba el carácter de las ‘vías de la revolución’ y la perspectiva y profundidad del cambio sociopolítico. Paralela y consecuentemente determinar el carácter y complejidad de las clases medias y su inserción en la producción y la política.

Faletto, desde sus primeros trabajos con Touraine aportó significativamente a la caracterización de la clase obrera chilena y su papel en los movimientos sociales y políticos, destacando su heterogeneidad, que proviene desde las estructuras productivas y no propiamente de la clase. Esto lo llevó también a interesarse e investigar la presencia popular y obrera en los partidos de la izquierda chilena, el Partido Comunista y el Socialista expresado en su votación electoral y los fundamentos teóricos del Partido Socialista.

Indudablemente Faletto es uno de los intelectuales latinoamericanos más importantes en el esfuerzo para comprender la complejidad del continente, desde una visión amplia de las ciencias sociales.

En una similar línea de análisis se inscribe Hugo Zemelman, uno de los más destacados sociólogos latinoamericanos del período que en el texto *De la historia a la política. La experiencia de América Latina* (1989) refleja la madurez de su pensamiento, planteando claramente la construcción de soluciones metodológicas rigurosas para analizar la realidad histórica desde la perspectiva de lo político.

Zemelman polemiza con las concepciones evolucionistas de la historia y frente a ellas defiende una concepción dinámica de los procesos históricos, cuyo desenvolvimiento constante no implica necesariamente progreso. En su trabajo busca superar las teorías de lo político restringidas a la esfera del poder, definiendo, además, lo político como “la articulación dinámica entre sujetos, prácticas sociales y proyectos, cuyo contenido específico es la lucha por dar una dirección a la realidad en el marco de opciones viables”, queriendo reubicar lo político, analizando la realidad histórica desde la perspectiva de lo político. García Canclini señalaba que aunque Zemelman demuestra una profunda preocupación por intentar una refundamentación teórica del conocimiento de lo social, esta no es su verdadera preocupa-

ción sino “mirar a la realidad histórica desde un concepto utópico del mundo” (García Canclini, 2001: 14).

La idea de Zemelman es romper con los sistemas teóricos a los cuales son tan aficionados el pensamiento académico universitario, para enfatizar una búsqueda de lo concreto y el rescate del sujeto social como generador de conocimiento. Esta pasión se ve reflejada desde sus textos empíricos de los años setenta sobre el campesinado, donde en forma casi obsesiva quiere rescatar la voz y conocimiento de los campesinos en una “toma de fundo”² en la Hacienda Culipran en Melipilla.

Para Zemelman es urgente un rompimiento con la academia. Luego, resulta necesario entender el pensamiento teórico como proyecto, estrategia y formas de lucha, redundando en el conocimiento como expresión de conciencia social, que se traduce en el esfuerzo por construir la realidad, descubriéndola.

En su decir, es el sujeto social el que debemos redescubrir en su espontaneidad y por eso debemos rechazar las ideas e ideologías que tiene escuelas y jefes, autoritarias, para abrimos a aquellas corrientes sociales que —como la populista o la revolución mexicana, cubana o nicaragüense o la frustrada chilena de la Unidad Popular— iniciaron la búsqueda del pensamiento concreto fuera de las doctrinas y las escuelas.

Es este encuentro con el sujeto, de un pensamiento concreto anclado en la historia, donde Zemelman ve al intelectual que debe liberarse de marcos que le aprisionan en lo conocido como viable, sin lograr comprometerse con lo inédito que busca transformarse en viable. Así, la utopía deviene en “una dimensión epistemológica fundamental”, donde construir la historia con la imaginación es igualmente científico que explicar lo ya acontecido. La preocupación epistemológica es, por lo tanto una moral, una fuerza, una esperanza y voluntad.

IV

En el contexto de esta periodización, se incluye la etapa que denominamos “La transición pactada a la democracia: nuevos actores y consensos, 1990-2014”, en cuyo contexto descrédito de la política tradicional, marcada por una participación ciudadana más laxa y la irrupción de nuevos temas, aparentemente no políticos, en cuyo seno emergen otros movimientos sociales, fundacionales o con giros innovadores. Paralelamente, surge el debate sobre el carácter y el fin de

2 Acción de ocupación realizada al margen de la ley, por los campesinos pobres en contra de las tierras patronales no incluidas en la Reforma Agraria de 1967 o en las que se intentaba agilizar el proceso. Esta práctica acabó cuando se inició la represión del golpe militar de 1973.

la transición marcado, a pesar de la restauración democrática, por la supervivencia de algunos aspectos de la dictadura.

La expresión más clara de este problema fue la actitud de diversos intelectuales que criticaron esta transición pactada y bloqueada por una constitución heredada de la dictadura, centrándose en el cuestionamiento a la persistencia de un modelo neo-liberal y la urgencia de su cambio. El fin último de las críticas fue la búsqueda del desmantelamiento de los soportes dejados por la dictadura, en especial de la Constitución de 1980, cuyas bases ilegítimas y esencialmente antidemocráticas amparan un sistema electoral que inhibe la presencia de las minorías.

En términos de participación ciudadana y popular en el proceso de configuración de una salida a la dictadura cívico-militar que controlaba Chile hasta 1990, la presencia de los pobladores fue de alta importancia. Analizar su participación en este proceso histórico y en la historia de Chile en términos amplios, supone apelar al aporte de Gabriel Salazar, un historiador y sociólogo cuya principal contribución ha sido trabajar con los sectores populares chilenos desde la publicación de su primer libro *Labradores, peones y proletarios* (1985).

Efectivamente, la historiografía de Gabriel Salazar ha sido un hito en las generaciones recientes de historiadores que han optado por la historia social, una experiencia que madura en su texto *Violencia política en las "Grandes Alamedas"*, título que emula palabras del presidente Salvador Allende en su última locución al pueblo chileno el 11 de septiembre de 1973. Del texto en cuestión, hemos seleccionado el capítulo denominado "La revuelta de los pobladores", nombre con el que se buscaba definir el proceso de protesta popular estallado entre 1983 y 1987. En este trabajo el autor analiza la tradición levantisca de los sectores populares durante los siglos XIX y XX, a partir de algunas de sus intervenciones. Por cierto, Salazar establece una diferenciación entre los levantamientos decimonónicos, bastante más apegados a un modelo ligado al elemento "oportunidad" de los levantamientos posteriores que consideraron más el elemento "proyección".

Para Salazar, en términos historiográficos, los levantamientos y protestas populares fueron explicados, mayoritariamente, en el "léxico político y analítico corriente" como muestras de la vesania extrema que llamaba a ser rápidamente reprimida. Fue en este contexto que en 1983 irrumpieron las llamadas "jornadas de protesta" que el citado autor analiza bajo la sigla VPP (Violencia Política y Popular) que refiere a la multiplicidad de acciones realizadas por las masas populares en contra de los agentes represivos.

En este texto Salazar entiende el resultado de la "revuelta popular" como la más importante de las acciones de la VPP para la apertura

de la dictadura cívico-militar hacia la mesocracia política, “giro para el cual cedió a la clase media la carta clave en el naípe político de la retirada militar” (Salazar, 1990: 384), permitiéndole una aparente conducción transicional a la democracia liberal diseñada por la dictadura.

En síntesis, su texto presenta, además, el conjunto de hechos que hicieron de la Democracia Liberal de 1990 un experimento “liberal-populista” (Salazar, 1990: 389), analizando cómo la derrota del movimiento popular se produjo por un hecho ya conocido: no se pudo pasar de la protesta a la propuesta. Dejando en evidencia que el movimiento de VPP del período 1983-1987 se expresó de manera más clara y eficiente en los hechos que en la política.

Un aporte sustancial a la discusión en el Chile actual es el trabajo de la antropóloga Sonia Montecino, particularmente en sus análisis sobre cultura y género. Sus primeras publicaciones se remontan a la década de los ochenta del pasado siglo, donde reflexiona en una amplia temática desde el enfoque antropológico. En la presente antología hemos incluido un fragmento de su libro *Madres y huachos. Alegorías del mestizaje chileno* (1991), obra por la que le otorgaran el premio “Academia, 1992”. Desde la lectura de su obra, basada en una sólida experiencia investigativa, es posible comprender las aristas que irán fundando sus reflexiones, que con la singularidad de su aporte rescata la condición histórica de la subordinación de la mujer chilena y latinoamericana por los patrones de la sociedad patriarcal y católica; la comprensión de la Identidad local y colectiva de —parafraseando al cubano José Martí— “Nuestra América”.

Montecino plantea con radicalidad en el texto que seleccionamos la idea de que las diferencias entre los sexos y los géneros es “una construcción social” y “más aun, el deseo es ligar esa construcción con nuestra propia cultura y plantear algunas hipótesis provisorias para comprender la constitución de identidades femeninas y masculinas en nuestro *ethos*” (1991: 24). Sin lugar a dudas, esta es una pregunta por nuestra particularidad, identidad y singularidad que permite a la autora intentar una reversión de los paradigmas interpretativos eurocéntricos. En este intento, Montecino no pretende hacer tabla rasa de los cuerpos teóricos de esta proveniencia, sino releerlos desde nuestra experiencia. Su búsqueda es cuestionar verdades aceptadas en forma no crítica, como el patriarcado, la dominación y subordinación de la mujer y otros lugares comunes, construyendo una mirada de otredad, fundada en nuestro imaginario mestizo, de manera que esta nueva interpretación resulte, en su decir, “un poco más cercana a las vivencias pluridimensionales que conforman nuestro *ethos*” (1991: 25).

Destacable es su contribución a las Ciencias Sociales del país, si consideramos el particular carácter de la metodología aplicada al es-

tudio de los ámbitos antes señalados, la cual metafóricamente consideramos una trenza disciplinar. Perspectiva multidisciplinaria donde el análisis histórico, antropológico y literario establece diálogo con la elocuente y enriquecida escritura de Montecino. En esta medida es importante su aporte al pensamiento social chileno y latinoamericano de perspectiva crítica y multidisciplinaria que resulta nutrido y enaltecido. En suma, estos aportes hacen merecedor el reconocimiento a su propuesta, donde los temas de género y mujer han penetrado las Ciencias Humanas como herramienta ideológica y sujeto de estudio con intención de develar las interrogantes sobre nuestra cultura y constitución como sujetos latinoamericanos.

José Bengoa es uno de los intelectuales contemporáneos que también despliega una rica mirada interdisciplinaria para enfrentar los diversos temas que trata. En sus obras, sustentado en un entarimado disciplinar que abarcan la Historia, la Antropología y la Sociología ha podido analizar procesos que engloban los movimientos campesinos en los setenta, el estudio de la Reforma Agraria, los movimientos o conflictos poblacionales, la historia del pueblo mapuche que produjo un profundo impacto y sus macrorrelatos sobre la hacienda en Chile.

Recientemente, sus reflexiones sobre el Chile actual han sido recogidas en una trilogía sobre la comunidad, donde la identidad, la cultura y la modernización compulsiva surgen como temas centrales.

Para el efecto de esta antología, hemos seleccionado un capítulo del libro *La comunidad perdida* (1996). El proyecto de Bengoa se inscribe en una “desesperada búsqueda de identidad” dado que “la ruptura con la comunidad dejó un hueco, un vacío de sentido” (Bengoa, 1996: 19). Pero detrás de esa pérdida existe una continuidad, ya que la identidad de este país ha estado basada en un modelo cultural global proveniente de la antigua experiencia rural de la sociedad, en el decir de Bengoa “la sociabilidad chilena urbana se ha guiado por pautas rurales tradicionales. Esto es válido hasta el día de hoy, no ha sido modificado por los sucesivos intentos de los modernizadores” (Bengoa, 1996: 57).

Esta tesis, contradictoria entre una pérdida de una identidad tradicional y una continuidad de una matriz oligárquica es la clave de la interpretación de Bengoa: podríamos casi hablar de la existencia de un *ethos* oligárquico-autoritario en el seno de la sociedad chilena que casi no se ha movido o modificado.

Los intentos de modernidad y el combate para superar la pobreza tienen que ver con un radical cambio en la cultura tradicional chilena, de matriz profundamente oligárquica; pero esta matriz no ha sido modificada hasta la fecha, de manera que la sociedad chilena sigue sosteniéndose sobre premisas no democráticas.

Por lo tanto, para Bengoa los intentos de renovación pretendidos en estos últimos veinte años por parte de la antigua clase alta chilena de origen oligárquico, es un fenómeno central que debemos analizar (Bengoa, 1996: 169). Pero “la sociedad chilena no se ha modificado en este aspecto central y que la matriz oligárquica continúa dominando sus relaciones íntimas”.

“En algunos aspectos ligados a la economía, se podría decir que la élite se ha modernizado, por razones absolutamente naturales y propias de los tiempos; pero en sus relaciones sociales, en su visión del otro, del pobre, del trabajador, del medio pelo, del resto de la sociedad chilena, no ha cambiado un ápice” (Bengoa, 1996: 169). La interpretación de Bengoa sobre Chile está teñida de un cierto pesimismo, ya que al plantear que ese sustrato oligárquico de la sociedad chilena es casi imposible de modificar, las esperanzas de cambios son escasas.

Durante estos años se consolida la voz crítica de Tomás Moulian, un intelectual sumamente reconocido por su aporte en el mundo de las ideas y en política. Aunque su labor académica tiene un amplio espectro productivo con su obra *Chile actual: Anatomía de un mito* (1997) —paradójicamente considerado por la derechista publicación *Revista de Libros* del ya inefable diario *El Mercurio* como “el libro más influyente del siglo XX” chileno (Sader y otros, 2008: 131)—, sentó las bases de una fructífera discusión y se convirtió en un documento irrenunciable para aventurarse en el mundo postdictatorial chileno que instaló la figura del *gatopardismo* político como actitud frente al fin exitoso de la “operación transformista” del fin de la dictadura.

En los capítulos incluidos en esta antología Moulian desentraña las vicisitudes de lo que denomina “La instalación” y “El periodo de la (des)gracia”. En el primero de ellos el autor narra analíticamente el proceso político zigzagueante, las rupturas y los temores de los partidarios de la continuidad pinochetista y de los constructores de la imagen del arco iris y de la metáfora de la casa-país construida por todos los chilenos, presentada en los *spots* publicitarios de la triunfante “campana del No”. Su análisis de este triunfo pírrico conduce al empananado “de las dichas y desdichas del Chile actual”. En segundo lugar, el autor muestra los vaivenes de los últimos retoques a la “estrategia transformista de la dictadura” y sus leyes de amarre que resultaron de la aplicación de los “poderes omnímodos” de una dictadura que en sus estertores mantuvo su poder negociador llevando la discusión a los espacios “cuyos hilos controlaban” (Moulian, 1997: 351). Su dura crítica arremete, sin dudar, contra la negociación concertacionista y la instalación de los miedos con “el cuento del enojo del ogro”, que consideraba una eventual rabieta del dictador y, con ello, un retroceso en lo obtenido. Para Moulian esta fue la guinda que “coronaba la

torta transformista”. Los hechos posteriores y la realidad política de una larga transición enfrentada por el Chile postdictatorial, parecen darle la razón a este crítico intelectual quien vaticinaba que después del plebiscito de 1988 —donde votó más del 85% de los inscritos— cambiaron “los titulares del poder, pero no la sociedad” plasmándose con ello el punto central del *gatopardismo*: “que todo parezca cambiar para que todo siga igual” (Moulian, 1997: 358).

Sin duda, la lectura del texto de Tomás Moulian es un necesario ejercicio para matizar la mirada esperanzadora y exitista del fin de la dictadura chilena, similar, por cierto, al fin de muchas de las dictaduras, que como una mancha de petróleo, contaminaron los mares de las democracias latinoamericanas —tal vez imperfectas, pero democracias al fin— de la segunda mitad del siglo XX.

Sobre el Chile reciente, se incluye en esta antología a Elisabeth Lira, una destacada psicóloga social cuya experiencia de la represión y tortura política durante la dictadura determinó fuertemente su trabajo intelectual futuro, y que se involucró directamente en las redes solidarias que se establecieron para proteger la vida de las personas perseguidas por sus ideas y su participación política.

Lira se dedicó en una primera etapa de la época más represiva de la dictadura a prestar asistencia psicológica a personas que habían sido torturadas, a familiares de detenidos desaparecidos y ejecutados políticos y a las familias que partían al exilio. Este trabajo comprometido con los afectados directamente por las violaciones a sus derechos humanos le proporcionó una mirada profunda sobre los efectos traumáticos de esa represión sobre las personas y la condujo a desarrollar una reflexión más amplia y especialmente de carácter histórico sobre la violencia en Chile.

Después de esta fase de atención directa a víctimas de la dictadura, Lira centró su trabajo principalmente en investigar y escribir sobre la transición, las políticas de reparación y de reconciliación en Chile desde una perspectiva histórica y política, junto con el politólogo norteamericano Brian Loveman de la Universidad Estatal de San Diego.

Lira junto a Loveman están trabajando en una nueva visión crítica sobre la historia de Chile desde la perspectiva de los conflictos políticos, incluyendo las políticas de verdad y reparación así como las políticas de impunidad como condición para la paz social, implementadas en el país desde el siglo XIX. Y también se encuentran analizando las actuaciones del Poder Judicial en relación con esos conflictos, especialmente durante y después de la dictadura militar.

Dentro de este contexto, para Lira el tema de la reconciliación después de una larga dictadura o guerra civil se vuelve su tema central y desarrolla una mirada crítica a los procesos de reconciliación reali-

zados en la transición chilena que buscan establecer políticas de olvido como condición para restablecer la paz social. Frente a ello, Lira plantea que, al contrario, la verdadera reconciliación requiere asumir el pasado y reparar a las víctimas, incorporando sus memorias.

Lira busca desarrollar una política de la memoria o del recordar que permita aliviar algunos de los síntomas de las experiencias traumáticas de la tortura y que se traduce en “el trabajo de la memoria de ese pasado en función de la vida”.

En Chile después del fin de la dictadura militar y en el período de la transición democrática, a pesar que se formaron dos comisiones, una Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación (1990-1991) y otra Comisión Nacional de Prisión Política y Tortura (2003-2005) que develaron los efectos devastadores sobre las víctimas de las políticas estatales represivas, sucedió —escribe Lira— que “sin embargo, y paradójicamente, esos informes y las voces de las víctimas se suelen cerrar en el mismo momento en que se dan a conocer, y en poco tiempo se transforman en documentos simbólicos que concentra el horror del pasado pero no logran despertar un interés memorial precisamente por su penoso contenido, incluso entre las propias víctimas” (Lira, 2010: 27).

Lira ha abierto un importante campo de investigaciones sobre los efectos de las torturas, desapariciones y exilio, producto de las dictaduras en América Latina, y ha desarrollado una visión crítica de las políticas de reparación y memoria de los gobiernos democráticos de transición, que han impactado fuertemente en Chile y en América Latina en general.

Finalmente, José Marimán es actualmente uno de los intelectuales mapuche más destacados como un decidido defensor de la autonomía y autodeterminación de su pueblo. Su propuesta central no se reduce a una simple demanda por restitución de tierras, sino de la formación de una sociedad política mapuche con derechos propios y las exigencias de una nueva forma estatal basada en nuevas relaciones sociales y políticas entre mapuche y chilenos.

Marimán ha escrito numerosos artículos sobre las organizaciones y movimiento mapuche y sus diferentes propuestas de autonomía. En *Autodeterminación. Ideas políticas mapuche en el albor del siglo XXI* (2012) recoge y profundiza los principales ejes y temáticas de su pensamiento. Este libro ha tenido un fuerte impacto por su audacia y solidez teórica, al buscar legitimar la voz de un mapuche que desea explicitar lo que entiende por el pensamiento mapuche propiamente tal.

En sus escritos Marimán busca invertir el interrogante clásico de los antropólogos, sociólogos y/o historiadores que se preguntan qué son o cómo son los mapuche por el interrogante de qué piensan los *mapuche*. Por tanto, quiere exponer las ideas políticas de los mapuche por los mapuche y no por intermedio de otros.

Marimán destaca la aparición en los años ochenta de dos obras importantes que cambiaron la mirada sobre la historia y la política mapuche escrita por chilenos: *Historia del pueblo mapuche: siglos XIX y XX* (1985), de José Bengoa, y *Líderes y contiendas mapuche, 1900-1970* (1989) de Rolf Foerster y Sonia Montecino. A su juicio, estos textos —y otros, como el de Alejandro Saavedra— permitieron iniciar la construcción de una nueva narrativa de la historia del pueblo mapuche con una discusión acerca de la relación entre autonomía, autodeterminación y etno-nacionalismo. Este resulta en el punto central de la temática de Marimán, en tanto orienta su trabajo a establecer que la demanda de autodeterminación mapuche, comprendida como autonomía, esta disociada de lo que este considera como “la acostumbrada reivindicación etno-gremial campesina por tierra, desplegada” que ha persistido en el siglo XX en las organizaciones mapuche como una demanda economicista, asistencialista y culturalista. En sus palabras, “dicho de otra forma, la demanda de autodeterminación mapuche trasluce un debate interno en la sociedad política mapuche, que nos habla de la existencia de un discurso político que enfatiza lo etno-cultural o las tradiciones cuando se imagina un futuro para los mapuche” que en base a la reapropiación de “una epistemología propia”, con su cosmovisión y reflotar sus instituciones, busca “construir nuevos conocimientos a partir de nuestra cultura”, y reflotar instituciones propias, para “salvaguardar y perpetuar lo original a los mapuche en una autonomía”. Esta idea de autonomía va a la par con un discurso que resalta “lazos y derechos cívico-políticos, en su demanda de una forma estatal nueva de relaciones sociales y políticas entre mapuche y chilenos” (Marimán, 2012: 24-25).

Para este autor, uno de los mayores obstáculos que enfrentan los autonomistas mapuche en Chile es el nacionalismo en todas sus expresiones. De manera que una salida del todo o nada no tiene sentido en este contexto. Para esto plantea avanzar de a poco, sin miedo al compromiso, buscar la mejor estrategia para dar salida su demanda, es la tarea de los mapuche ahora.

De esta manera el conjunto de ideas de este autor configuran un importante aporte a la discusión del tema indígena en los actuales Estados nacionales latinoamericanos.

V

En síntesis, una somera reflexión a propósito del pensamiento social crítico en Chile supone comprender los grandes hitos que han marcado su historia reciente. En estos últimos cincuenta años las elecciones de Eduardo Frei Montalva y Salvador Allende Gossens, con percepciones e ideologías diferentes señalaron rumbos de cambio hacia el

progresismo y la transformación estructural de la sociedad chilena. La construcción de esta realidad fue producto del diálogo y la confrontación intelectual de una masa crítica de importancia, enriquecida por el influjo de intelectuales extranjeros, muchos de los cuales eran perseguidos por las primeras dictaduras del sub-continente.

En esta misma línea de análisis la dictadura cívico militar que gobernó desde 1973 a 1990 marcó las vidas de los intelectuales del periodo. Algunos fueron exiliados o muertos, otros subsistieron en el país en las denominadas ONG. No obstante, el lugar común fue la disociación de un grupo de intelectuales que habían marcado rumbos en Latinoamérica hasta ese aciago momento.

Para el caso chileno, además de las situaciones individuales consideramos atendible destacar, en cada uno de los periodos en que sistematizamos este trabajo, la importante contribución de centros productores de pensamiento y de intelectuales extranjeros, algunos —como ya indicábamos— exiliados políticos y otros avecindados en Chile.

En el caso del primer período es indudable la importancia que tienen las organizaciones internacionales instaladas en el país como CEPAL-ILADES, CELADES, ESCOLATINA, FLACSO con investigadores como José Medina Echevarría, Raúl Prebisch, Fernando E. Cardoso y Francisco Weffort (entre otros tantos), que teorizaron sobre el desarrollismo y la teoría de la dependencia, de enorme impacto en el pensamiento latinoamericano. En esta misma época es de alta importancia la presencia de Paulo Freire, quien en el gobierno de Eduardo Frei Montalva trabajó en ICIRA y CORA para la educación de adultos, experiencia que le entregó insumos experienciales para su obra *Pedagogía del Oprimido* (Gadotti, 1994: 37).

También fueron de importancia centros como el CESO de la Universidad de Chile, que contó con la participación de intelectuales brasileños como Theotonio Dos Santos, Vania Bambirra, Ruy Mauro Marini y la chilena Marta Harnecker quien introdujo en América Latina a Louis Althusser. En el periodo, fue importante el aporte de la Universidad de Chile en Valparaíso, donde Osvaldo Fernández estudia y da a conocer a Antonio Gramsci. A esto se suma el CEREN de la Pontificia Universidad Católica que incorpora a Franz Hinkelammert, Norbert Lechner, Sempat Assadourian; y la presencia de Luis Vitale en la Universidad de Concepción. Conjunto de aportes que muestran la alta producción intelectual del país en el entorno de los cambios generados por los gobiernos de Eduardo Frei y de Salvador Allende.

En el segundo período, con el golpe de Estado y la intervención en las universidades, el proceso creativo y crítico se trasladó a las ONG, destacando el rol de FLACSO en el proceso de la renovación del pensamiento de la izquierda y los estudios sobre la modernización, donde

nítidamente sobresale Norbert Lechner y José Joaquín Brunner. Esta es la época en que emerge la Academia de Humanismo Cristiano y sus centros especializados en educación (PIIE), cuestiones agrarias (GIA y GEA) y economía del trabajo (PET) —entre otros—, a la par de centros independientes como SUR, CIEPLAN, VECTOR, CIDE y FASIC.

En este período, también es destacable el trabajo de creación e investigación del exilio chileno, como el grupo de historiadores de Londres (Nueva Historia) o el encuentro de Chantilly para la renovación del pensamiento político nacional.

El tercer período significa la crisis y la casi total desaparición de las ONG y la lenta recuperación de las Universidades como centros creadores y la individualización del trabajo intelectual, destacándose el esfuerzo inicial de investigación en universidades privadas como la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, la Universidad de Arte y Ciencias Sociales y la Universidad Diego Portales. En estos años es interesante y novedoso el esfuerzo de creación e investigación para levantar propuestas e identidades regionales como es el caso de la Universidad de Tarapacá (Arica) y la Arturo Prat (Iquique) para el norte chileno o de la Universidad de la Frontera, en los temas indígenas o la Universidad de Talca en temas de cultura regional.

BIBLIOGRAFÍA

- Casali, Aldo 2011 “Reforma Universitaria en Chile, 1967-1973. Pre-balance histórico de una experiencia Frustrada” en *Intus-Legere Historia*, Vol. 5, N° 1.
- Castillo, Alejandra 2007 *Julieta Kirkwood. Políticas del nombre propio* (Santiago: Palinodia).
- Devés Valdés, Eduardo 2009 *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990) T. II* (Buenos Aires: Biblos).
- Fernández, Manuel 2011 “Los intelectuales de izquierda y la construcción de un imaginario revolucionario para Chile y América Latina. La revista *Punto final* entre 1965-1973” en *Tiempo Histórico*, N° 2, pp. 65-84.
- Gadotti, Moacir 1994 *Reading Paulo Freire. His life and work* (Nueva York: State University New York).
- García Canclini, Néstor 2001 “Prefacio” a Zemelman, Hugo *De la historia a la política: la experiencia de América Latina* (México: Siglo XXI) 3° edición.
- Mayol, Alberto 2012 “Dependencia y desarrollo en América Latina de Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto” en *Revista Anales*, Vol. 7, N° 3, pp. 281-282.

- Pinochet de La Barra, Oscar 1975 *El pensamiento de Eduardo Frei* (Santiago: Aconcagua).
- Richard, Nelly 2001 “La problemática del feminismo en los años de la transición en Chile” en Mato, Daniel (comp.) *Estudios Latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización II* (Buenos Aires: CLACSO) pp. 235-236.
- Sader, Emir y otros 2008 “Itinerario de un intelectual chileno” en *Crítica y Emancipación* (Buenos Aires: CLACSO) N° 1, pp. 129-174.
- Yocelevsky, Ricardo 2004 “Las contribuciones de Enzo Faletto al pensamiento latinoamericano” en *Estudios Sociológicos*, N° XXII, p. 64.